

Capítulo 3 – El Dueño de los Pobrecitos

El acto era en la plaza central, pero el cartel decía otra cosa:

“ENCUENTRO CON EL PUEBLO”.

Sonaba más íntimo, más afectuoso. Como si el Presidente fuera un pariente que volvía al barrio después de mucho tiempo.

Estanislao no tenía pensado ir. Sin embargo, el comedor cerró antes “para que todos puedan acercarse, es histórico”, dijo la encargada, y Ramiro lo arrastró casi a la fuerza.

—Vamos, boludo. Si no te importa la patria, por lo menos andá por el choripán — bromeó.

La plaza estaba llena. Banderas, bombos, parlantes que saturaban. Puestos de comida, globos para los chicos, camionetas oficiales, militantes con pecheras de colores.

En el escenario, aún vacío, una gigantografía del Presidente sonriendo, brazos abiertos. Abajo, el slogan:

“UN LÍDER CERCA DE SUS POBRECITOS”.

Estanislao se detuvo en seco.

—¿Vos leíste eso? —señaló el cartel.

Ramiro miró y se encogió de hombros.

—Y bueno, es marketing. La gente compra eso. Además, ¿no te gusta que se acuerden de nosotros?

Él no respondió. Había algo en esa palabra, repetida ahora en letras gigantes, que le quemaba la nuca.

Antes del discurso, un diputado local tomó el micrófono. Tenía traje claro, camisa abierta y sonrisa fácil.

—¡Gracias por estar acá, a pesar de todo lo que sufren! —gritó—. Sabemos lo que pasan. Sabemos lo que les duele. ¡Ustedes son el corazón de este país!

Aplausos.

—Por años, los poderosos se olvidaron de ustedes, los de los barrios humildes, los ninguneados, los dejados de lado... ¡nuestros pobrecitos!

Más aplausos. La palabra flotaba ahora como un elogio.

Estanislao miró alrededor. La abuela, emocionada, aplaudía con los ojos brillosos. Una señora lloraba. Un hombre levantaba a su hijo sobre los hombros para que viera mejor.

Ramiro le dio un codazo.

—Mirá, papá. Vos te enredás con los conceptos, pero la gente entiende una cosa simple: éste viene y te dice "yo te veo, yo te quiero, yo te doy". ¿Qué más querés?

Estanislao se encogió de hombros.

—Capaz que alguien que te diga "yo te exijo", "yo te creo capaz", "yo dejo de tratarte de pobrecito" —murmuró.

Ramiro se rió fuerte.

—Eso no junta votos, hermano.

Cuando el Presidente finalmente subió al escenario, la multitud explotó. Era más bajo de lo que parecía en la tele, pero su voz llenaba todo.

—¡Mis queridos, mis queridas, mis pobrecitos amados! —arrancó, sin vergüenza—. ¡Qué orgullo verlos!

Estanislao sintió un escalofrío. La palabra ya ni siquiera venía envuelta en eufemismos. Era directa, desnuda, y la gente la celebraba.

—Sé que la están pasando mal —continuó el Presidente—. Sé que trabajan mucho y cobran poco. Sé que se esfuerzan y a veces no alcanza. ¡Yo lo sé! Porque yo también vengo de abajo. Porque yo también fui pobrecito.

El público rugió. Esa parte de la historia siempre funcionaba.

—Por eso, mientras yo esté acá, **nadie** les va a pedir que carguen solos con ese peso. Para eso está el Estado. Para eso estoy yo: para protegerlos. Para que no tengan que romperse el lomo por migajas, como antes.

Antes, los hacían creer que, si se esforzaban, iban a progresar. Mentiras. Ahora ya no les vamos a vender ese cuento

Estanislao frunció el ceño. Esa frase, en medio del fervor, casi se perdía. Pero él la escuchó clara: **“Antes los hacían creer que, si se esforzaban, iban a progresar. Mentiras.”**

—Hoy —siguió el Presidente— el progreso les llega por derecho, por justicia, no por sacrificio. ¡No por matarse trabajando! ¡Porque son el pueblo, y al pueblo se lo cuida!

La plaza estalló en aplausos, banderas, bombos.

“Progreso sin sacrificio”, repitió Estanislao en su cabeza, como quien paladea una medicina rara.

Cuando terminó el acto, bajaron del escenario varios funcionarios para mezclarse con la gente. Cámaras, selfies, sonrisas.

Entre ellos venía uno que Estanislao había visto mil veces en la tele: **Elías Coronado**, el ministro estrella, el cerebro detrás de todos los programas sociales. Le decían “el Arquitecto del Pueblo”.

Elías caminaba rodeado de asesores, pero se detenía cada tanto a abrazar a alguien, besar a un bebé, escuchar un reclamo.

De pronto, se tropezó con Ramiro, que estaba más atento al celular que al camino.

—Disculpe, ministro —dijo Ramiro, medio nervioso.

Elías le puso la mano en el hombro, como si lo conociera de toda la vida.

—Nada que disculpar, hijo. ¿Cómo estás? ¿Laburando, estudiando, peleándola? —preguntó, con sonrisa medida.

Ramiro levantó la tarjeta del programa nuevo.

—Gracias a esto, mejor. Me ayuda a llegar a fin de mes.

El ministro asintió, satisfecho.

—Para eso estamos. Para que no tengan que pasar hambre nunca más.
¿Ves? **Mientras nosotros gobernemos, ningún pobrecito se va a quedar solo.**

Sacó una lapicera, anotó algo en una libreta que le alcanzó un asistente.

—¿Nombre? —preguntó.

—Ramiro.

—Ramiro. Un buen nombre. Que no te falte la ayuda, Ramiro —le dijo, como si le diera una bendición.

Estanislao lo observaba en silencio, fascinado y molesto.

El ministro se giró hacia él.

—¿Y vos? —preguntó—. ¿Ya te anotaste?

—Sí —respondió Estanislao—. Pero tengo una duda.

Elías lo miró con un brillo distinto, atento.

—A ver.

—¿No le parece que, si siempre nos ayudan, nunca nos van a pedir más? —disparó, sin rodeos—. O sea... si siempre somos pobrecitos, ¿cuándo vamos a dejar de serlo?

Un par de asesores hicieron un gesto de alarma. Esa no era la pregunta típica para la foto.

El ministro, sin embargo, sonrió. Había lidiado con peores.

—Qué buena pregunta, Estanislao —dijo, viendo su nombre en el formulario que otro asistente ya tenía en mano—. Te soy sincero: en un país ideal, nadie necesitaría ayuda. Todos tendríamos trabajo digno, educación de calidad, oportunidades. Pero... —hizo una pausa dramática— ...no vivimos en un país ideal. Vivimos en **este**. Y acá, si no los cuidamos, se los comen vivos.

Se inclinó un poco hacia él, como confiando un secreto.

—¿Vos entendés lo que es explicarle a una madre que tiene que “esforzarse más” mientras sus hijos tienen hambre? ¿Vos le podés decir a un pibe que vive entre tiros que “con disciplina todo se puede”? Eso... —negó con la cabeza— ...eso es crueldad. Nosotros en cambio les decimos: “no se preocupen, nosotros los vamos a sostener”. Eso no los hace menos. Los hace nuestros.

“Los hace nuestros.” La palabra quedó colgando.

El ministro le dio una palmadita en el brazo y se fue a sacarse fotos con otra tanda de vecinos.

Ramiro miró a Estanislao con media sonrisa.

—Te quiso decir “no rompas las bolas”, pero en fino —se burló.

Estanislao no se rió. Seguía masticando la frase.

"Eso no los hace menos. Los hace nuestros."

Al final, la teoría del pobrecito no era solo un error. **Era una herramienta de poder.**

Más tarde, de regreso al barrio, el tono cambió. El aire estaba pesado, no por la política, sino por otra cosa.

En la esquina había un auto negro que Estanislao no conocía. Música baja, vidrios polarizados. Un par de pibes iban y venían, nerviosos, hablando en susurros, mirando demasiado a los costados.

Ramiro bajó la voz.

—Llegaron los del otro lado de la ciudad —comentó—. Traen "trabajo".

"Trabajo." Otra palabra que en el barrio cambiaba de significado según quién la dijera.

—¿Qué trabajo? —preguntó Estanislao, aunque ya se intuía la respuesta.

Ramiro se acercó un poco más, como quien comparte un secreto tentador.

—Dicen que necesitan repartidores. Gente con moto, que conozca las calles. Pagan mejor que cualquier depósito, no te piden recibo, no te clavan con horarios fijos. Vos llevás y traés. Rápido. Sin preguntas.

Estanislao miró su casco abollado, la moto prestada, las cuentas en la mesa de la cocina.

—¿Y qué llevan? —insistió, por si había una mínima chance de ingenuidad.

Ramiro lo miró fijo.

—No son pizzas, Estani.

Silencio.

—Mirá —siguió Ramiro—. Vos te matás doce horas para que el Negro te pague dos mangos y capaz ni te blanquea. Acá en dos meses te hacés lo que allá en dos años. Te comprás tu propia moto, ayudás a tu vieja, le cambiás el techo a tu abuela. A corto plazo... —sonrió— ...salís del modo pobrecito.

"Salir del modo pobrecito." La frase le pegó como un golpe seco.

—¿Y a largo plazo? —preguntó, casi por reflejo.

Ramiro volvió a usar el mismo escudo que en la canchita.

—A largo plazo, este barrio se come a todos. Mejor agarrar algo mientras se pueda.

Esa noche, Estanislao no pudo dormir.

De un lado, las palabras del Presidente y del ministro: **progreso sin sacrificio, cuidado eterno, pobrecitos amados.**

Del otro, la oferta no dicha del auto negro en la esquina: **dinero rápido, respeto forzado, peligro a la vuelta de la esquina.**

Uno te prometía que no ibas a tener que esforzarte demasiado nunca más, si jugabas a ser pobrecito.

El otro te prometía que podías “progresar” rápido, si estabas dispuesto a cruzar una línea de la que pocos volvían igual.

En el cuaderno, escribió otra vez:

“Camino A: pobrecito para siempre, pero cuidado.

Camino B: dejar de ser pobrecito con plata sucia, riesgo alto.

¿Existe un Camino C?”

Debajo, sin pensarlo demasiado, agregó:

“Camino C = esforzarme, estudiar, laburar bien, crear algo propio...

Problema: en este país, ese camino casi no se ve. Nadie te lo muestra, nadie lo premia.”

Cerró el cuaderno.

Sabía que, tarde o temprano, alguien le iba a hacer la pregunta frontal:

“¿Qué vas a hacer, Estani? ¿Te quedás pobrecito agradecido, te hacés plata con la droga, o te inventás un camino que nadie acá cree posible?”

Y se dio cuenta de algo más inquietante:

el país entero parecía estar discutiendo lo mismo, solo que en otra escala.

San Aurelio, como él, estaba atrapado entre **ser pobrecito para siempre, hacerse el vivo a costa de todo...** o buscar un tercer camino que aún no tenía nombre.